

## BAILANDO EN LOS SESENTA

¿Y los bailes de la década del sesenta?

Por supuesto no se llamaban bailes sino asaltos. Eran las épocas donde estrés se decía surmenage, la coca era simplemente Isabel Sarli, PC quería decir Partido Comunista, el Norton no era el antivirus sino un buen vino tinto y todo el mundo se reía en vez de escribir "Jaaa Jaaa".

Las mujeres llegaban a los asaltos con sus impecables peinados de los sesenta y no había muchas opciones. Ellas debían escoger entre el rodete atrás con forma de banana, con o sin abundante flequillo, o el nunca bien ponderado batido que parecía un panal gigante de abejas endurecido por el spray fijador, y acompañado de llamativas patillas en forma de pico de loro. Ellas podían bailar el twist toda la noche y jamás se les movía un pelo.

Para lucir este peinado a prueba de huracanes, aquellas mujeres debían comenzar a peinarse el día anterior y dormir la noche entera con los rulos y la redecilla. Y una hora antes del baile ya se ponían los durísimos corpiños Peter Pan, cuya forma puntiaguda, mientras bailaban, tocaba sin querer el pecho de los varones haciéndoles pensar que la dama estaba tirándose un lance o que sus pezones se habían endurecido por la excitación.

Los hombres, por su parte, que eran los caqueros, llegaban con sus pantalones Oxford y con tres kilos de testosterona que se les escapaban por las orejas cuando sonaban los primeros acordes del Trío Los Panchos. Y todos se iban ubicando en el extremo opuesto a las mujeres, esperando a ver quién se animaba a invitar a bailar a la primera chica.

En general dejaban para lo último a las damas que lucían el escudito que decía CNSM (Colegio Nuestra Señora de la Misericordia) porque eran huesos duros de roer. Y cuando ellas ya se comenzaban a aburrir, se acercaban a los varones hablando en voz alta entre ellas para aclarar el verdadero significado de las siglas: "Compañeras Nunca Seremos Monjas". Y si aún ellos no se decidían a invitarlas a bailar, entonces se alzaba otra voz femenina reafirmando "Conseguir Novio Será Mejor".

El rey de la fiesta era incuestionablemente el Winco. Alrededor del popular tocadiscos se arremolinaba todo el mundo, algunos para adelantar o atrasar el pickup del long-play que pasaban en ese momento y que muy bien podría haber sido Refrescos Musicales, y otros directamente para cambiar el disco por alguno de Los Beatles o del Club del Clan. Quien se descolgaba con los Wawancó o La Charanga del Caribe se arriesgaba a ser calificado de mersa.

Y llegaba el momento de bailar.

Alguno que otro, si quería invitar a Graciela, apenas si llegaba a decir:

- Gra...

Porque en la penumbra no había visto lo fea que era, yéndose luego con el rabo entre las patas no sin antes haber completado su palabra:

- Gracias.

Pero si enganchabas alguna dama pasable, apenas dabas los primeros pasos tenías que hacer las preguntas de rigor del tipo ¿Cómo te llamás? y ¿De qué signo sos? Y cuando ella respondía “de Tauro” tenías que poner cara de asombro y admiración, aunque no tuvieras ni idea cuales eran las características de Tauro.

Luego, cerca del final del asalto, cuando ya ni te acordabas de qué signo era y cuando la dama no había dado muestras evidentes de asco y rechazo hacia tu persona, llegaba el gran momento de sacar un papelito para anotar su número de teléfono. A veces sacabas un profiláctico por error, que volvía a guardar lleno de turbación esperando que la dama no lo hubiera visto. De todas maneras, ella iba a hacer como que nada había visto, e incluso hasta ni supiera que era aquello.

Una de aquellas memorables noches el flaco Foglia se desmayó en el medio de la pista porque la dama, cansada de esperar, le dio un tenue beso en la boca mientras Eydie Gormé cantaba “...yo quiero que te besen otros labios, y me iré con el sol cuando muera la tarde”. Siempre estaba el riesgo del desmayo, y como te podían llevar al hospital, había que llevar las medias limpias.

Pero uno no pensaba en el desmayo ni en ir al hospital, sino en ir a parar a un Hotel Alojamiento de la Panamericana (en aquel entonces no se llamaban Albergues Transitorios, pero era lo mismo). Había que llevar, entonces, no solamente medias limpias sino un seductor calzoncillo que, por lo regular, jamás la dama llegaba a conocer, al igual que el profiláctico que quedaba archivado en el bolsillo durante meses y años, como una suerte de trofeo por haberse uno animado a pedirlo en el quiosco.

(Extraído de PC, “Crónicas autobiográficas”).